

LA PSICOLOGÍA HUMANA Y EL PROBLEMA DE LA EVOLUCIÓN

Hemos visto que la somática carece de datos para la resolución del problema de la evolución del hombre. Cuando se trata de la antigüedad, la somática recurre también a las búsquedas de la prehistoria. Y a pesar de eso, se da la paradoja de que pretendan rechazar como intromisiones de la metafísica los argumentos que de la psicología se aducen en contra de la posibilidad del hecho de la evolución del hombre. La inteligencia, he dicho en otra ocasión, es la roca tarpeya donde se estrella el materialismo evolutivo en el problema que estamos tratando, y ahora vuelvo a afirmar, que la psicología racional, y la comparada, no sólo tienen voto decisivo en esta cuestión, sino que el prescindir de ella es buscar el origen de un ser prescindiendo de su elemento esencialmente específico.

La inteligencia en el hombre es un carácter esencialmente específico, y la inteligencia destruye la posibilidad de la evolución del hombre, y en esto está de acuerdo con la biología como lo hemos suficientemente demostrado anteriormente, al tratar de las relaciones de esta ciencia con el problema de la evolución.

El positivismo en la ciencia ha sido siempre para mí un enigma, y las lucubraciones de la ciencia materialista una verdadera paradoja. El eje del positivismo, alrededor del cual gira el materialismo, es la negación de que nosotros alcancemos nada que se escape a la observación de nuestros sentidos, y por eso niega que pueda afirmarse el nexo de causalidad entre lo que vulgarmente apellidamos causa y efecto. Sólo podemos afirmar la sucesión de fenómenos, sin que entre ellos podamos afirmar ninguna necesidad causal. Y he aquí destruído de un solo golpe todo el edificio de las ciencias cuyas leyes se basan precisamente en la necesidad de ese nexo. Y sin embargo, los positivistas afirman esas leyes como conquistas del entendimiento humano. Por eso el positivismo en la ciencia es para mí un enigma, porque despreciando los principios de la metafísica tradicional, se ve prácticamente precisado a admitirlos. Pero el materialismo científico nos

ofrece situaciones paradójales. Niega a la ciencia que pueda extenderse más allá de los límites de la experiencia, y sobre una experiencia absolutamente incompleta edifica concepciones, verdaderas maravillas de la imaginación creadora de los más soñadores orientales. Las historias del *Pitecanthropus erectus*, del *Diprothomo* y *Tetraprothomo*, son creaciones de mentes soñadoras, fundadas sobre hallazgos fragmentarios muy discutidos desde el punto de vista geológico. Dos calotas incompletas, un atlas desmochado y un femur sin relaciones geológicas ni formológicas con el primero, son la base de tres larguísimas memorias que tratan de establecer concretamente los lazos de unión del hombre con los demás animales. Razón tienen de renegar de la metafísica tradicional, porque ella fundada en el rigor de la lógica que se impone al sentido común de los hombres, les cortaría las alas para vuelos tan fantásticos y sin base verdaderamente positiva. Estos ejemplos se multiplican indefinidamente en la inmensa bibliografía científica que cada día va llenando más volúmenes. Felizmente la crítica va deshaciendo, como la luz a las sombras, esas creaciones de la imaginación.

Pues bien; he aquí otra contradicción. Los que recusan del problema de la evolución, los caracteres superiores del hombre, porque les parecen una réplica inconcusa, recurren en busca de pruebas para el problema de la aparición del hombre a la Prehistoria, sin advertir que esta rama de la Antropología se basa precisamente en la psicología racional. La prehistoria rastrea el paso del hombre sobre la tierra reconociendo sus rasgos específicos en las piedras talladas, en los huesos quemados y rayados, en las falsas trampas, y en todo aquello en que puede verse algo de *intencionalidad*. Donde la *intencionalidad* desaparece, desaparece el rastro del hombre, y donde aparece, se afirma sin titubaciones su presencia, aunque los restos somáticos no ofrezcan concomitancias. La historia de los eolitos es la confirmación más amplia de lo dicho. Los huesos rayados de Desnoyers en Monte Oporto, y los sílex tallados de Bourgeois en Thenay, de Ribeiro en Otta, de Ramos en Pourny-Aurillac, de Prestwich en Inglaterra y de Moir en Suffolk, han levantado una enorme polvareda en rededor del problema del hombre terciario. La crítica demuestra que las rayaduras de los huesos no son intencionales y que el rudimentario tallado de los sílex pueden atribuirse a causas naturales y por consiguiente que carece de intencionalidad, y el problema del hombre terciario, vuelve a quedarse sin fundamentos...

¿Por qué la intencionalidad es característica del hombre?

¿Por qué donde se vislumbra algo de intencionalidad se ve la obra del hombre, y no se atribuye a ningún otro animal?

¿Por qué no han de admitirse grados en la intencionalidad, si se admite la evolución de la inteligencia?

He aquí precisamente la paradoja de la ciencia. De la no intencionalidad a la intencionalidad no se admite tránsito continuo. Donde hay intencionalidad está el hombre con exclusión de todo otro animal. Donde no hay intencionalidad no está el hombre, pero se admite la acción de otros animales. Luego entre el hombre y los animales no existe tránsito continuo y la intencionalidad, que supone la racionalidad, es el límite infranqueable que separa al hombre del animal. Esto se deduce evidentemente del criterio fundamental que preside las búsquedas primitivas de la Prehistoria. Luego la Prehistoria niega la evolución filogenética de la psicología humana y hasta su posibilidad, y con sobrada razón, como veremos luego; y los naturalistas que admiten los postulados de la Prehistoria, están en flagrante oposición con las conclusiones que asientan sobre la morfología comparada, si quiera sea sin verdaderos fundamentos científicos.

Vamos a deternos en los fundamentos objetivos en que se basa ese postulado fundamental de la prehistoria. ¿En qué consiste la intencionalidad? En hacer algo para obtener un fin determinado. Pero esto no basta. El hornero y la golondrina construyen sus viviendas de barro: las hormigas y los termites disponen admirablemente sus moradas comunistas: cuanto más se baja en la escala del perfeccionamiento nervioso, mayores son las maravillas de cierta intencionalidad, y sin embargo existe una diferencia entre las construcciones perfectamente geométricas de las abejas y las toscas industrias primitivas del hombre. En aquéllas la intencionalidad no se separa de la animalidad, y en éstas la intencionalidad no se explica sin la racionalidad. El raspador, la flecha, el cuchillo, el hacha, la tosca sutura de los cueros de que se sirvieron los hombres para su abrigo, a pesar de su rusticidad que no admite parangón con las exquisiteces de arte de un camoatí, encierran en su tendencia final un psicologismo libre de toda necesidad que lo coloca en plano superior al del instinto. Es la manifestación rudimentaria de una fuerza interna que sólo se encuentra en el hombre y que en el correr de los siglos ha de ser la causa fecunda de todo el progreso de la humanidad. Eso es la intencionalidad que la prehistoria toma como característica de la presencia del hombre.

El progreso tiene como fundamento, precisamente esa intenciona-

lidad, que consiste en que el hombre vea el fin que pretende obtener, comprenda la adaptación de que son capaces los elementos de que dispone para obtenerlo, y procure esa adaptación y encadenamiento de medios a la consecución del fin conocido. Ese trabajo primitivo de adaptación, que va incesantemente progresando a medida que los medios se multiplican y a los materiales se les reconocen nuevas aplicaciones, supone un principio específicamente distinto del de los demás seres que sin aprender llevan a cabo sus obras siempre de la misma manera.

El hombre de la prehistoria no ha muerto. Vive todavía. Su civilización rudimentaria de la época de la piedra ha alcanzado hasta nuestros días. Basta echar una mirada etnológica por América, por África, por Asia y Oceanía. Al lado de la gigante civilización que nos enorgullece, existen hombres que a las veces son tenidos por razas inferiores, y sin embargo hemos de reconocer en ellos el principio pensante tan desarrollado como el de los más perfectos hombres de nuestros días, a pesar de que sus civilizaciones han permanecido estacionarias por largos siglos de sombras, debido principalmente a la carencia de medios para adaptarse. No se trata de afirmaciones gratuitas. Son hechos que no nos sorprenden pero que contrastan maravillosamente con ciertas teorías en boga. Basta recordar la cultura artística a que llegaron nuestros guaraníes, las universidades de negros de los Estados Unidos y los seminarios del clero indígena de las misiones africanas. El principio pensante de los hombres de la edad de piedra, es idéntico al de los hombres de la edad moderna. El progreso diferencial, no se debe precisamente al mayor perfeccionamiento del interno principio pensante, sino a la serie de aptitudes del material acumuladas por la tradición y aprovechadas en cada momento dado. Hertz, Righi y Marconi no suponen capacidades realmente progresivas intelectualmente, sino disposiciones progresivas de la materia que nos llevan de las ondas eléctricas al cohesor y a la telegrafía sin hilos.

Ese principio pensante que caracteriza al hombre de las intencionalidades, se caracteriza a su vez en orden al progreso, en que *ve lo que no existe* y lo realiza dotándolo de existencia. Los efectos ocultos en las inexhaustas potencialidades de la materia sólo los llega a conocer el hombre entre los seres sensibles. La libertad humana ha de combinar esas causas para arrancarles esos efectos. Las maravillas de la aplicación del vapor, de la electricidad, del agua como energía, hasta de los ocultos poderes de la luz y de otras mil virtudes ocultas

de la naturaleza, son obra del hombre que ha previsto los efectos de las combinaciones energéticas y los ha arrancado a la naturaleza obligándola a producirlos ¿Cómo llegó a conocer el hombre todo eso que no existía, antes que existiese? He aquí a la materia absolutamente impotente para preconcebir una máquina. La materia reacciona siempre a los estímulos-materia, que han de actuar sobre ella por contacto cuantitativo, mecánica o químicamente. Si ello es siempre cierto, es innegable que se verifica así en todas las vibraciones del sistema nervioso. Es el objeto de la fisiología experimental el determinar los modos de reacción del sistema nervioso a los estímulos, y en la proporción del estímulo con la reacción, se ha soñado encontrar métodos estesiométricos aplicables a la psicología. Ahora bien: ¿cómo actúa sobre el sistema nervioso un estímulo que no existe? He ahí cómo no explica el materialismo los elementos primordiales del progreso. Y esos elementos primordiales existen idénticos en el invento de las aplicaciones de la electricidad y en los paralelos de las aplicaciones de la piedra. Tan ocultos existían en la naturaleza los tranvías eléctricos y los automóviles como los raspadores, las hachas, los cuchillos, las leznas y otros mil utensilios de piedra, como los anzuelos de hueso, como todos los demás enseres de las industrias primitivas. No existían, y el hombre los conoció y los produjo. He ahí los valores de la intencionalidad que caracterizan al hombre donde quiera que haya dejado su huella.

Pero el hombre en el progreso intelectual ha rayado más alto todavía que en el progreso material. Las concepciones del genio encerradas en los mezquinos moldes de la materia en que se plasma el arte, son siempre superiores a sus obras. La idea se vislumbra, pero no queda nunca adecuada por la obra de arte. La materia es incapaz de expresar lo que la mente construye y crea. Y cuando el hombre apartándose de los campos polícromos del arte se levanta a las regiones serenas de la abstracción; cuando crea las matemáticas puras y la metafísica y la lógica y armoniza la estructura íntima del lenguaje, ¿de dónde saca los estímulos inmateriales, inexistentes, abstractos, espirituales, que concurren con su potencia cognoscitiva a esas construcciones verdaderamente ideales?

El elemento que en el hombre percibe lo inmaterial, evidentemente está fuera de los dominios de la materia. Ha de ser independiente de ella y por lo tanto no puede ser un fruto de su evolución. La intencionalidad que caracteriza al hombre en los albores de la prehistoria corta la posibilidad de todo filum, que por otra parte carece en abso-

luto de toda demostración, considerando al hombre desde el punto de vista somático y morfológico.

Hay otro problema de la ciencia del origen del hombre que carece de solución, considerado científicamente. Las conclusiones positivas son absolutamente nulas. Me refiero al origen del lenguaje. Aquí también abundan las fantasías, y hasta las ridiculeces, ante la más absoluta carencia de datos que puedan solucionar el problema. El lenguaje considerado de una manera general es el conjunto de signos manifestativos de las ideas que se desenvuelven en nuestro interior. La expresión del pensamiento y de la voluntad lleva consigo una estructura, que por rudimentaria que la queramos suponer, importa un verdadero artificio. La naturaleza de los signos es secundaria. Lo fundamental, es la relación que liga a esos signos, sean los que se quiera, y la determinación convencional de dichos signos. Entre las ideas y los signos no existe generalmente correlación alguna, fuera del convencionalismo. De otra suerte todas las lenguas tendrían una enorme cantidad de raíces semejantes, lo que contradice a la realidad. La existencia, pues, del lenguaje supone un convencionalismo, y *el convencionalismo supone el lenguaje*, siquiera sea el más rudimentario.

Pero el lenguaje no es simplemente una colección de signos que representan cosas. Existe una estructura interna que encierra como previo, el arte de la lógica. Los nombres más o menos determinados de los objetos que caen bajo el dominio de los sentidos no tienen razón de ser en orden a la comunicación sin la afirmación y la negación, que viene a dar forma a los juicios. He ahí el verbo que puede referirse a uno o a muchos, al que habla o al que escucha, al presente, al pasado o al futuro... ¿Cómo puede llegarse a la convención de todas esas correlaciones internas del lenguaje, sin suponer ya el lenguaje? Poseyendo un lenguaje riquísimo como el de Cervantes, experimentamos frecuentemente la enorme dificultad de expresar muchos de nuestros estados de conciencia, y llegamos muchas veces a la convicción de no haber sido comprendidos. ¿Qué sucedería si careciéramos en absoluto de lenguaje?

Tratándose de ideas abstractas y de conocimientos de orden metafísico, llega Balme a la conclusión de que el hombre es incapaz de conseguirlas por sí mismo sin la ayuda del lenguaje. No resuelve el problema *a priori*, sino que basa sus afirmaciones en experiencias hechas con sordo-mudos y niños abandonados en los bosques que han logrado la supervivencia en estado de soledad. Los unos y los otros presentan los caracteres de la estupidez mientras no se les inicia en

alguna forma de lenguaje. Si los signos con que logran comunicarse con sus semejantes no les facilitan la percepción de las ideas abstractas, no llegan nunca a alcanzarlas. De ahí llega a la conclusión de que sin el lenguaje es imposible que el hombre llegue a ese orden de ideas, y como ese orden de ideas es previo para la invención del lenguaje, concluye que el hombre es incapaz de inventar el lenguaje.

Es cierto que cuanto se ha bordado en torno al problema del origen del lenguaje si no es pueril, carece en absoluto de fundamento, como lo confiesan cuantos con seriedad han ahondado la cuestión. De todos modos el lenguaje es de tal naturaleza, que escapa la simple acción de los sentidos y está por encima de todas las reacciones nerviosas. Es como la estereotipación de todo el sistema de la lógica, de la metafísica y hasta del cálculo, que sobrepasa las acciones y reacciones de la materia. En su estructura más rudimentaria sería la obra de un genio.

El modo de obrar el principio pensante lo excluye de la materialidad y por consiguiente lo deja fuera de los alcances de la evolución. La libertad, que viene a ser como una especie de corolario de la inteligencia, coloca al hombre, por decirlo así, por encima de la naturaleza. Todos los demás seres que integran el conjunto de lo inorgánico y de lo vivo, siguen inflexiblemente leyes preestablecidas que pueden determinarse con inducciones suficientemente completas. Solo la libertad del hombre le permite marchar muchas veces contra las exigencias de la naturaleza, para perseguir ideales captados en regiones a donde no pueden alcanzar los sentidos. Por la gloria, por el honor, por la virtud, el hombre se abraza con el dolor y huye de las seducciones del placer. El elemento superior inhibe las tendencias animales y obliga al organismo a sujetarse a una disciplina que contradice a sus tendencias espontáneas. La voluntad libre del hombre que es una perfección en la naturaleza, está en oposición con la inflexibilidad de las leyes de la naturaleza bruta. ¿Cómo puede ser un término de su evolución algo que destruye precisamente la inflexibilidad de las leyes que rigen esa evolución?

Hemos visto ya que el hombre considerado somáticamente carece de ancestrales fundados científicamente. Acabamos de ver que el hombre considerado desde el punto de vista de sus caracteres específicos, el entendimiento y la voluntad, no puede en absoluto ser un término de la evolución. Luego ese conjunto armónico del cuerpo y del alma no puede ser un fruto de la evolución. Viene de nuevo a verificarse con toda amplitud lo que consagrara el Congreso Antro-

pológico de Berlín, que *el hombre aparece en el cuaternario, tamquam verus homo novus*, sin ancestrales.

Más arriba hemos visto que los caracteres adquiridos no se heredan, y esa demostración experimental ha embarazado los caminos de la evolución. Si de la herencia biológica se excluyen los caracteres adquiridos, con mucha más razón debe excluirse de lo que han dado en llamar herencia psicológica. Sólo recibe con el ser un potencial receptivo y activo, pero que necesita imprescindiblemente de la educación e instrucción para llegar a desenvolverse. A pesar de las condiciones más halagüeñas desde todos los puntos de vista en que lo hayan engendrado sus padres, será simplemente hijo del medio. Culto, en una sociedad culta, rústico entre los labriegos y paisanos, salvaje en medio de las selvas y perfectamente estúpido criado en medio de la soledad. Todo depende de los brazos que le reciban al nacer y de la educación que se le dé. En cada niño que nace tenemos algo menos que el hombre primitivo. El hijo del matemático criado entre pastores será un pastor, y el hijo de un curtidor educado en los centros culturales de Francia será un Pasteur. La tradición que obra por medio de la educación y enseñanza es la única fuente de adelanto de la humanidad. El hombre aprende y sobre lo que aprende discurre y medra, y enseña a sus hijos sus adelantos y éstos los transmitirán de generación en generación. Pero el hombre nace *alalus*, y si no hubiera quien se lo enseñara, no gozaría del don de la palabra y viviría sumido en la mayor de las estupideces. Abandonado a sí mismo de esa suerte, sería una especie condenada a desaparecer por inedia. Estas consideraciones nacidas de la naturaleza misma de las cosas, nos llevarían a conclusiones definitivas acerca de la evolución. El hombre habla, y la experiencia nos dice que no llega a hablar si no le enseñan; luego el hombre es incapaz de inventar el lenguaje. El hombre abandonado a sí mismo permanece en la más obscura estupidez; luego el hombre no ha evolucionado absolutamente. El hombre nacido en las selvas y educado entre universitarios, llega a ser un profesional; luego el hombre encierra en sí el principio de la intelectualidad capaz de desenvolverse en un medio adecuado que no es otro que la sociedad dotada de lenguaje. El progreso de la humanidad es el fruto de la herencia acumulada por los siglos de todas las producciones del entendimiento transmitida por la sociedad de generación en generación por medio de la educación y del lenguaje; luego la sociedad humana arranca de una sociedad que debió aparecer dotada de lenguaje e iniciada en los elementos básicos de la intencionalidad

sin lo cual nunca hubiera podido llegar a ella ni por consiguiente iniciar la serie del progreso. Esto supuesto, ¿qué solución debe darse a la primera aparición de la humanidad? Las conclusiones de todo lo que antecede son claras y precisas.

No se me oculta que más de un lector pasará los ojos por estas páginas, y sin pararse a meditar, tal vez sin acabar de leerlas las despreciará por parecerle metafísicas. Para muchos es metafísico, todo lo que no va acompañado de un dato experimental aunque el dato no tenga fuerza alguna. Para los tales parece que el hombre no tuviera derecho a discurrir. Pues bien: voy a terminar defendiendo el método.

Los metodólogos en historia, distinguen en ella tres estadios, la búsqueda, la crítica y la vida de la historia. Se han de allegar los documentos; se han de espurgar para que depurados alejen las causas de error, y luego es menester que el historiador llegue a vivir en su interior la vida de la época que trata de historiar, para de esa suerte interpretar los documentos con el máximum de verdad. No hablan los metodólogos de la historia de la imparcialidad, que eso se cae de su peso al tratarse de la búsqueda de la verdad. Pues bien: las ciencias naturales tal como en nuestros días se tratan, son también una historia, y a ellas cuadran los cánones de la historia. El historiador se distingue fundamentalmente del novelista. El novelista crea; el historiador reconstruye. Y el hombre de ciencia debe parecerse al historiador y no al novelista. Para el novelista un dato es un chispazo de luz que desenvuelve en su fantasía creadora un conjunto de episodios armónicos que constituyen la trama de su creación artística. Para el historiador un dato es un elemento que tal vez le ponga en la pista de una investigación, pero si los resultados de la búsqueda no son satisfactorios después del tamiz de la crítica, el historiador se contenta a lo sumo con constatar su dato, y nada más. El hombre de ciencia positiva debe ajustarse también a esas normas, que han de asentar bien su carácter de positivo. Pero con frecuencia las monografías científicas son verdaderas novelas a lo Julio Verne, con una diferencia, que el novelista hace profesión de tal y no trata de engañar a nadie, aunque algunas veces haya tenido verdaderas intuiciones científicas; y los autores de ciertas monografías, comienzan por engañarse a sí mismos pensando que trabajan en el campo positivo de la ciencia, y en el tejer fantástico de su novela pretenden engañar conscientemente a los que los leen.

¿Cuál es la razón de que se llegue a esas reconstrucciones fantásticas que a veces son deshonor de los mismos museos? ¿Por qué hace

sonreír a todos los que entran, por ejemplo en el Museo de La Plata, el ver en una vitrina, grabados, dibujos y postales de fantasías antropogenéticas discutidas y rechazadas por fantasías, que no tienen en su abono, sino una calota incompleta, una mandíbula incompleta, etc., sobre la que se ha bordado toda una leyenda que pretende admitirse como algo científico y que carece de los fundamentos más elementales que exige la lógica en semejantes casos? Porque al discurso que marcha sobre fundamentos sólidos y analiza bajo la vigilancia de la más delicada lógica se substituye la fantasía y las ideas preconcebidas. La reconstrucción del Pitecontropo, es tan falta de fundamento, como lo sería la reconstrucción de la historia de un crimen sobre el hallazgo de un pañuelo empapado en sangre. Es muy poco un solo dato para semejante historia. Pero sobre todo es absolutamente incompetente el dato cuando se trata de entrar en el análisis de elementos que están por encima del dato. Las diferenciales del hombre no se encuentran en una calota. En él hay algo que está por encima de la morfología y de la materia. El que sin saber explicarnos el origen de la célula nerviosa dijo, «dadme el protoplasma y les reproduzco el pensamiento», no se convenció de la baladronada que había pronunciado al ver que su cultivo de la corteza del embrión de pollo «comenzaba desde el tercero o cuarto día a mostrar los fenómenos de autólisis con una degeneación de sus elementos, que empieza con una inhibición de agua y termina con una disolución completa del tejido elegido, quedando transformado en una masa gelatinosa homogénea». Evidentemente a ese hombre de ciencia y a los que se le asemejan en el modo de discurrir, le falta mucho de lógica, bastante de metafísica tradicional tras de la cual pretenden ir por rumbos equivocados, y por consiguiente mucho de sentido común. Las ideas *a priori* son pésimos consejeros, y las hipótesis sin verdaderos fundamentos son verdaderas ideas *a priori* y de las de peor género. El pensamiento está por encima de la célula nerviosa y del protoplasma. El conocimiento de lo inmaterial está por encima del protoplasma y de la célula nerviosa que sólo reacciona bajo la influencia de estímulos materia.

Esto, y todo lo que de aquí se sigue es razón. Lo demás son novelas fundadas sobre datos tan incompletos e incoherentes, que no llevarán nunca el convencimiento al espíritu, sino a base de ceguera voluntaria o inconsciencia de doctrinarismo científico.

JOSÉ M. BLANCO, S. J.